

Roldán y de don Antonio María Pradilla, a la vez que la "Revista de Colombia", publicación política, literaria y noticiosa, escrita íntegramente por él y la cual sostuvo durante cinco años, desde el 25 de mayo de 1868 hasta el 13 de febrero de 1872 y, en su segunda época, desde el 23 de febrero de 1873 hasta el 16 de enero de 1874. En ella dio publicidad a sus novelas cortas "Las dos Rosas", "El Destino", "Memorias de un Ajusticiado", "La Vida en América", "Dolores", "Tradiciones de Tocaima", y a sus comedias en un acto "La Falta de Orden", "El Socialista" y "La Lección de una Novia", todas estas sobre temas nacionales y, como anota don Isidoro Laverde Amaya, "aun cuando de corto desarrollo en su argumento, animadas en el diálogo y con verdadera tendencia a llevar a la escena los hábitos característicos de los colombianos".

Entre las obras de más envergadura se destacan, junto con la que hoy reimprime la Biblioteca Banco Popular, "La Pola" —drama histórico, lujosamente editado en su propia imprenta—, "Conversaciones sobre Filosofía y Conferencias sobre Educación de la Mujer" y "Víctimas Humanas en Colombia".

El doctor Rivas falleció el 11 de septiembre de 1901, y con su vasta y notable producción a la vez que con el ejemplo de su vida, dedicada al servicio de la patria, ingresó a la galería de los colombianos ilustres.

Rivas. Escritor, periodista, político, editor.
Bog. 1825 - 1901

Madariaga Rivas
Los trabajadores de tierra
caliente [1899]

Sesión 9

CAPITULO I

Monte de La Mesa. - Don Pastor Ospina. - Pedro María París. - Lino Peña. - Tena. - Una novela. - Camino a La Mesa. - Benigno Guarnizo. - Juancho Cantillo.

La sabana en donde está situada la ciudad de Bogotá, capital de Colombia, llamada por los conquistadores, deslumbrados por su belleza, *El Valle de los Alcázares*, a una altura de 2.600 metros sobre el nivel del mar, de clima frío (15 grados del centígrado) y de fertilidad asombrosa, está rodeada de montañas que parecen ser límite entre la tierra y el cielo, y sólo tiene para descender a los climas ardientes cuatro gargantas, abiertas en las inmensas cordilleras, a saber: una al occidente, que se llama del Aserradero; otra al sur, para bajar al valle de Fusagasugá; otra al nordeste, para ir al pueblo de La Vega, y la del suroeste, que es la que permite el camino que conduce a La Mesa, Anapoima, Tocaima y termina en Girardot, sobre el río Magdalena.

La Boca del Monte es como se designa el punto donde termina la sabana y principia el descenso de la cordillera, descenso tan vertical que al pie mismo de la entrada se ve el camino que hay que recorrer, y a lo lejos se divisa, dominándolo, un vasto y hermoso horizonte iluminado por el sol de

la tierra caliente, cuyos reflejos deslumbran y que da a las cordilleras un brillo o filete de oro encantador, y a los valles un tinte azul de suprema belleza para el que de lejos lo contempla.

Desde la Boca del Monte se ve de cerca el camino entre verdes colinas, por donde van y vienen las recuas de mulas cargadas de sal las que descienden, de miel las que suben; y se oyen los gritos de los arrieros que las animan y las guían. Más lejos se contempla el valle de Tena, de un verde oscuro, como las esmeraldas de Muzo; a más distancia se divisan infinidad de cerros que se extienden, se cruzan y se pierden en la inmensidad; después la cordillera igual y plana de La Mesa, en donde está edificada la coqueta villa, entre naranjos, rojos y rosales. A la izquierda, el cultivado valle del Bogotá, cubierto de cañaverales y praderas; más lejos la cuenca del Apulo, donde pastan millares de reses; y después el valle donde debe estar el Magdalena, y aún más allá la elevada Cordillera Central que confunde con el cielo sus picos nevados y sus simas misteriosas.

Vamos a contar quiénes fueron los titanes que abatieron las selvas primitivas que cubrían esas regiones hasta hace pocos años; los que llevaron allí el cultivo, la riqueza y la civilización; los que por esto merecen un recuerdo de la posteridad, más bien que aquellos hombres a quienes las leyes han cubierto de honores y que no hicieron más que oprimir al pueblo o ensangrentar el suelo de la patria.

No hace muchos años que la Boca del Monte era un lugar misterioso, envuelto en niebla y que parecía la boca de un monstruo, arrojando vaho de sus profundas entrañas. Dos enormes piedras servían como de puerta de entrada, y en ellas

había infinidad de cruces que los viajeros que salían del monte con felicidad, colocaban allí en señal de gratitud y de triunfo. La niebla espesa que siempre allí reinaba, impedía ver el sendero por donde se iba a bajar, y los árboles gigantescos que formaban un bosque espeso, limitaban por todas partes el horizonte. Unas escaleras de piedra, de las cuales aún quedan restos, era el camino por donde debía bajarse al abismo que a los pies del viajero se abría aterrador; y después un sendero estrecho, fangoso, teniendo a uno y otro lado un bosque sombrío, lleno de peligros, se extendía por más de una legua, hasta llegar a la otra Boca del Monte o de Tenasucá, en donde nuevas cruces avisaban al viajero que se había concluido el monte, sin que por esto el bosque fuera menos espeso ni hubieran desaparecido los peligros, ni fueran mejores las condiciones del camino.

La niebla lo envolvía todo con velo impenetrable, llovía constantemente, y había que pararse, con frecuencia, en el lugar más ancho que se encontrara en el estrecho y fangoso sendero, a fin de dejar pasar la solitaria recua de un arriero, que desde lejos se anunciaba con gritos que en mil ecos repercutían las montañas. No había más que una casa pajiza en donde refugiarse en tan larga distancia; y la Cueva de San Antonio, en medio del bosque espeso, sorprendía de improviso al viajero viéndola siempre alumbrada por bujías que los piadosos transeúntes ofrecían al santo cuya sombra allí se divisa, para que aquél los sacase con bien en tan difícil tránsito.

Ordinariamente se gastaba una hora en atravesar el monte descendiendo, y dos ascendiendo; y al encontrarse los viajeros se daban noticia de los peligros que había y de cómo podían evitarlos.

Gobierno =
abrir monte

Ya iba en la mitad el siglo XIX, y se habían sucedido muchos mandatarios en el gobierno, satisfechos todos de haber hecho la felicidad del país, y el monte era un sitio de espanto y de peligro, cuando fue nombrado gobernador de la provincia de Bogotá el doctor Pastor Ospina, quien cumpliendo con su deber vino a hacer una visita al lejano cantón de La Mesa, y tuvo, por lo mismo, que atravesar el misterioso monte, de donde apenas pudo salir con vida, de regreso a la capital.

Entonces concibió un gran plan: trajo de Bogotá el presidio, se lo encargó al señor Lino Peña para que lo hiciera trabajar, y se empezó la obra de los gigantes, no escalando el cielo sino haciendo temblar la tierra con el estallido de las enormes piedras cuyos pedazos, al reventar, con minas de pólvora, volaban por el aire, mientras que los grandes árboles caían abatidos a los golpes del hacha civilizadora, y un trabajo de zapa aplanaba la cordillera, ensanchaba el sendero y despejaba el horizonte.

Constante camino
piedras
Dinamita
Arboles caen
hacia el camino

Atravesar entonces la sombría montaña era como ver realizado un sueño de Hoffmann, o asistir en persona a las escenas fantásticas y tenebrosas que los poetas imaginan para impresionar con todo lo desconocido y misterioso.

En medio de la oscuridad y envuelto en la niebla que al rededor de su cabeza formaba una especie de limbo, un hombre barbudo se presentaba de repente, como si aguardase la orden de herir al insensato que había osado entrar a esas regiones, para sorprender sus misterios o descubrir las maquinaciones.

Hombres
peligrosos

En lo alto, cuatro titanes hacen esfuerzos para arrojar una inmensa roca sobre el aterrado viajero

y sepultar para siempre, en medio de la montaña, su atrevimiento y su imprudencia.

Una mina estalla, se ve la luz, se oye el estampido, un abismo horrible se abre a los pies del incauto viajero.

Cuanto existía desde el principio del mundo: la montaña abrupta, la selva sombría, los árboles gigantescos, todo tiembla, se estremece con fragor terrible.

Plumas
sin comb.
a la caída

Y en medio de este terremoto, de este juicio final, se ve una cuadrilla de hombres de mirada feroz, que juran, ríen y gritan, y cuya algazara incesante se confunde con los aullidos de las bestias salvajes que aterradas huyen, con los graznidos de los pájaros que se van dejando sus hijuelos y con el ruido de las cascadas que de la montaña se desprenden.

Camino
abrir
piedras
caídas

Jamás se había emprendido en el país obra más grande, más audaz y más útil. Una enorme piedra que había quedado en un perímetro enfrente a las casas del Curubital como sagrado recuerdo de esta obra, tenía una inscripción en honor del señor Pastor Ospina. Haber despedazado esta piedra y borrado la inscripción, ha sido un sacrilegio.

Abierto el camino, en cuya obra se empleó más de un año, descuajada la montaña, quitado el misterio aterrador del monte, vióse que a uno y otro lado había terrenos que podían aprovecharse, y el señor Julián Gutiérrez, comerciante honrado de La Mesa, hizo rozar los árboles de la derecha y fundó la hacienda de Chantilly, cuyas verdes praderas divisa hoy el viajero.

Abierto el camino
de terrenos
hoy al
Camino

En Tenasucá había una posada pajiza al rededor de la cual un llanito verde, donde crecían borra-

cheros de flor colorada y gigantescas palmas de helechos, formaba una especie de oasis, donde el viajero descansaba dichoso. En esta posada se recibía a los transeúntes siempre con el mayor cariño y atención, y se les tributaba toda especie de cuidados por su dueña, que era una señora Rosita, quien a los pocos momentos les preguntaba llorando si por casualidad habían encontrado en el tránsito o habían visto en los lugares de donde venían, una niña hermosa, que era su hija, y que se le había perdido.

Según ella contaba, una mañana mientras ella despachaba en la tienda, la niña, alegre había salido a jugar al llanito, vestida de una camisa escotada con arandelas bordadas de negro, descalfa y con enaguas de bayeta rosada. La madre, atendiendo a sus quehaceres, se había descuidado, y a la hora del almuerzo la niña ya no parecía. En vano la buscaron en el monte vecino y mandaron por el camino a hacer averiguaciones.

Los años pasaban y la señora Rosita preguntaba siempre a los viajeros por su niña, sin pensar que la niña debía ser ya una mujer, y que por las señas que ella daba era imposible reconocerla.

Ya hacía mucho tiempo que esto había sucedido cuando el ruido de unas fiestas públicas en La Mesa atrajo a la señora Rosita, a pesar de sus lágrimas y de sus recuerdos, y una noche fue llevada al teatro, donde se daba una función de maroma por una compañía de norteamericanos.

Una joven esbelta, graciosa, morena y de preciosos dientes se presentó ante el público, le hizo una cortesía y subió a la cuerda tesa, en donde hizo prodigios de habilidad y de equilibrio. La señora Rosita en la mirada de esta mujer, en la sonrisa, o en algo que tocó su corazón, reconoció

a su hija, y desde el sitio en donde estaba la gritaba por su antiguo nombre.

La autoridad intervino. Se averiguó que en efecto era la misma niña robada; pero ella, educada por aventureros, llevando una vida libre, y apasionada por su arte, ni reconoció a su madre ni quiso volver a su hogar, y siguió feliz en la compañía de maromeros.

El camino de Tenasucá a Tena era el primitivo sendero de los indios que subían a todas las alturas y bajaban de todas las eminencias, atravesando el mismo riachuelo más de diez veces; sendero dañado por el frecuente tránsito, y en donde las mulas habían hecho con el uniforme paso, candeleros u hoyos y almohadillas, de donde salían a saltos, y haciendo grandes esfuerzos, cayendo rendidas a cada paso, muriendo muchas de fatiga, dejando el zancarrón en medio de la senda, o ahogándose entre el lodo con su carga de miel.

La jornada de un día era la de la Boca del Monte a Tena, pequeño caserío levantado en la hacienda de este nombre, y que era la primera tierra caliente que se encontraba, sorprendiendo al viajero del interior las matas de plátano, los árboles de guayaba y los naranjos cubiertos de azahares y de frutas, que por primera vez contemplaba.

El camino que hoy existe, casi plano, evitando el ascenso y descenso de las diversas cordilleras que hay entre Tenasucá y Tena, y llevando la orilla izquierda del riachuelo, que antes se atravesaba diversas ocasiones, lo trazó por en medio de la selva espesa, y valiéndose de las reglas y de los instrumentos de la ciencia, el señor Pedro María París, ingeniero civil, hijo del general Joaquín París, de quien fue ayudante general en la cam-

paña de 1854, y sobrino del benéfico ciudadano José Ignacio París, quien erigió la estatua de Bolívar en Bogotá. Abrió primero una angosta brecha, y la construyó después sólida y ampliamente. Este ingeniero abrió también una parte de camino del Quindío y acompañó al ingeniero Ponce a trazar el camino de *Siete Vueltas*, que de orden del general Mosquera se intentó abrir al Magdalena, y que hoy es propiedad del señor Liévano.

Admira cómo el señor París ha vivido relativamente pobre, habiendo abierto un verdadero camino real importantísimo, mientras que otros ingenieros se han hecho tan ricos con caminos imaginarios.

La hoy valiosa hacienda de Tena había sido en tiempo de los españoles de un don Clemente Alguacil, rematador y proveedor de los aguardientes que se consumían en la antigua provincia de Santafé, quien residía en ella, y tenía la hospitalaria costumbre de llevar a su casa a todos los viajeros que por allí pasaban, detenerlos por dos o tres días para que se repusieran de las fatigas del viaje, y obsequiarlos generosamente.

Después pasó esta hacienda a poder del coronel Briceño, esposo de la hermana del general Santander, de quien se cuenta que de presidente de la República pasó a ser alcalde de Tena, desempeñando este cargo con la misma honradez, sabiduría y prudencia con que había desempeñado el primero.

Muerto el coronel Briceño, la hacienda estaba arruinada, las casas caídas, y todo presentaba un aspecto de abandono y de desolación. en la época a que nos referimos, que infundía profunda tristeza

UNA NOVELA

Había entonces, en la vera del camino, a la derecha, antes de llegar a la plazuela en donde está situada la iglesia y el pueblo de Tena, sobre una pequeña eminencia, una casa arruinada, cuyos muros estaban cubiertos por las lianas que crecen rápidamente en tierra caliente; los espaciosos patios empedrados, llenos ya de escobo y de maleza; y lo que habría sido la portada, formada por enormes piedras, derruida entonces, presentaba como un arco de verdura, esmaltado por flores de batatilla, formando todo un paisaje melancólico y poético.

Allí había pasado un drama a fines del siglo XVII, el cual vamos a referir.

~~El pueblecito de Tena se componía entonces de un grupo de chozas pajizas de indios reducidos, pero indolentes y perezosos, que se limitaban a sembrar lo absolutamente necesario para vivir, al rededor de una iglesia sencilla y humilde, y en la cual el venerable sacerdote, que era cura, los reunía con frecuencia para enseñarles la doctrina, obligándolos a asistir todos los domingos a la misa.~~

~~La hacienda se componía de la gran casa que se veía arruinada ya, pero que antes presentaba un aspecto imponente, levantándose airosa y elegante en medio de un bosque de naranjos y otros árboles frutales, y reflejando sus blancos muros de piedra, y rojos tejados, al brillante sol de la tierra caliente.~~

~~Había una enramada pajiza, en la cual crujía eternamente un trapiche de madera, movido por mulas. De éstas, unas cincuenta estaban alrededor de la ramada, comían el bagazo de la caña y esperaban servicio. Y la hacienda era servida por una~~

CAPITULO II

Valor de las tierras calientes. - Pasto de Guinea. - Nacimiento de la industria.

Tierra caliente
serpientes
insectos
palúdicas
gramalote
mulas
negros
trabajo
libre
voluntario
esclavitud
propriedad
sin
negros
que
la
cultivase
no
servia
para
nada
Por
esto
la
esclavitud
se
prorrogó
hasta
1851
y
entonces
se
creyó
formalmente
que
abolida
ésta
la
poca
industria
que
había
en
el
país
iba
a
arruinarse
Nadie
creía
en
el
trabajo
libre
y
voluntario

Ser propietario en tierra caliente en otro tiempo, era no tener propiedad en concepto de los habitantes de Bogotá, acostumbrados a ver en la sabana a los animales pastando en praderas naturales, y las cosechas sucederse unas a otras, con un poco de labor, en la que empleaban a los indios, de los cuales estaba poblada, alquilándose sumamente baratos.

Mientras que la tierra caliente no ofrecía sino bosques, que era preciso talar con un trabajo inmenso para recoger la cosecha de maíz, o sembrar las cañas, únicos cultivos que entonces se conocían, y a los cuales estaba destinada, volviendo el bosque a apoderarse del terreno inmediatamente. Para mantener las mulas era necesario buscar las lomas, en donde crecía espontáneamente el *gramalote*, único pasto que se conocía.

Además las serpientes, de que se creía poblada, los mil insectos que atormentaban al hombre, y las fiebres palúdicas que infaliblemente atacaban al sabanero que descendía de la cordillera, hacían mirarlas con horror, y nadie las quería.

Las propiedades en tierra caliente se medían. No, ¿quién iba a medirlas? Se extendían de cordi-

llera a cordillera o de río a río; se transmitían, de tarde en tarde (generalmente al concluir una generación), y su valor estaba representado sólo por el principal que se reconocía a alguna iglesia o monasterio de Bogotá, cuyo rédito anual había que pagar al cinco por ciento, y por esto se abandonaban con frecuencia. Los *trapiches*, por el valor de los fondos de cobre que poseyera el establecimiento, o el de la cuadrilla de negros con que era cultivada su caña y el de las mulas con que se molía.

Propiedad sin negros que la cultivase no servía para nada. Por esto la esclavitud se prorrogó hasta 1851; y entonces se creyó formalmente que abolida ésta la poca industria que había en el país iba a arruinarse. Nadie creía en el trabajo libre y voluntario.

Como hemos dicho, las *tierras calientes* no servían sino para el cultivo de la caña en los pequeños *trapiches* que había; y esto en los climas medios y en los lugares más cercanos a la sabana para poder llevar allí la miel, cuyo precio en Bogotá era el de veinte reales por cada carga. Todas las otras tierras estaban cubiertas de bosque, desde la Boca del Monte hasta Flandes y Peñalisa, en la orilla del Magdalena.

Nos contaban que la hacienda de Doima, con trapiche, negros y mulas, de la cual se han hecho siete haciendas de valor de cien mil pesos cada una, la compró el señor don Mariano Escobar y Rivas por la suma de siete mil pesos, dos mil de contado y cinco mil que se reconocían a un monasterio; y que fue tan cara la venta, y le fue tan mal en la compra al señor Escobar, que resolvió dejarla abandonada; y quedaron el trapiche parado, los negros ociosos y las mulas sin trabajo por más de cinco años, hasta que se concluyó el juicio

que el monasterio entabló por el principal que se le debía, habiendo sido rematada en pública subasta.

La hacienda de *Calandaima*, dividida hoy en dos valiosísimas, pertenecientes a los señores Eustasio de la Torre y la familia Crane, se transmitió durante muchos años, por los diez y ocho reales que costaba la escritura, y el principal de dos mil pesos que se reconocía en favor de unas monjas.

San Dimas, el *trapiche* en que trabajaba el señor don José Rivas Arce, de donde sacaba los recursos para mantener dignamente una numerosa familia en Bogotá y para que se educasen en el colegio cinco hijos, todos los cuales siguieron una larga carrera y obtuvieron el título de doctor; este *trapiche*, recuerdo para nosotros de todo lo santo, de todo lo bello de la *tierra caliente*, y de todo lo alegre del hogar, fue vendido por tres mil pesos de a ocho décimos; y como no fue pagado se hundió toda la fortuna de una virtuosa familia.

Las herencias en los terrenos proindivisos se dividían por reales, y puede asegurarse que el poseedor de un real de entonces, hoy sería un rico propietario; y los resguardos de indígenas eran tan extensos, que su división dio trabajo por muchos años a los agrimensores.

Cuando ya la *fiebre de la tierra caliente* había invadido el país, y los terrenos decían que habían tomado precios fabulosos, el señor José María Cantillo compró la hacienda de *Lutaima* (hoy dividida en cinco o seis haciendas valiosas) a unas monjas de Antioquia, por setecientos pesos; y la hoy invaluable hacienda de *Peñalisa* la compraron los señores Fernando Nieto y Eusebio Umaña, aseguran, que por cinco mil pesos y el valor de un patronato que reconocía.

El cultivo se reducía a tumbar el monte y sembrar maíz, y al coger las mazorcas ya el rastrojo había crecido; y de pronto el monte volvía a tomar posesión del terreno, sin que quedase nada para el porvenir.

Decían los perezosos bogotanos que en *tierra caliente* el que se levantaba tarde ya tenía *rastrojo* en la cara.

Dice mister Thiers que «quien siembra una mata donde antes no la había, o dos donde antes sólo había una, hace más bien a la humanidad que todos los fundadores de religiones, que todos los legisladores del mundo, y que todos los propagadores de sistemas políticos y de ideas filantrópicas».

El que trajo a estas regiones el *pasto de Guinea* merece una estatua levantada en el cerro de Guacaná, tan alta como la de la Libertad en Nueva York, y que, iluminada por la noche, sea contemplada en toda la extensión del territorio que él hizo productivo, desarrollando una inmensa riqueza.

Hemos oído decir que el señor don Joaquín de Mier fue el primero que en Santa Marta cultivó esta preciosa planta; ¿pero quién la trajo al interior?

Nada sabemos, y se ha borrado este nombre que debiera pasar a la posteridad bendecido por millares de familias a quienes ha hecho ricos, por todos los que hoy tienen carne para comer, y por todos los pueblos cuya suerte y condición ha cambiado.

Sí sabemos que el señor don Constantino Guarnizo, en La Mesa, y don Antonio Toledo, padre, en Tocaima, fueron de los primeros que se aprovecharon de tan valiosa introducción.

Se dice que durante el gobierno del general Santander éste hizo venir algunas matas que, como curiosidad, regaló a los agricultores.

¡Verdadero milagro el del pasto Guinea!

Antes se rozaba el monte, se quemaba la roza y se sembraba el maíz; y, como hemos dicho, al cogerlo ya el monte le disputaba el campo al cultivador, y la tierra quedaba como antes. Ahora se riega la semilla misteriosa al mismo tiempo que se siembra el maíz, y cuando la mazorca está en sazón ya una verde pradera esmalta el suelo; y poco a poco esta pradera se extiende, y cubre toda la tierra caliente, donde vienen a pastar y a engordar miles de miles de reses, y donde se mantienen todas las recuas que conducen los viveres al interior.

¡Bendito el hombre que trajo al interior tanta riqueza!

En esta transformación cuántos ayudaron, cuántos murieron en la batalla que duró muchos años, y en la cual las filas de los trabajadores se fueron reemplazando sin miedo y sin descanso, hasta coronar la victoria de la civilización, del progreso y de la riqueza para el porvenir. Esto honra altamente el carácter de los colombianos.

¿Cuánto valen las haciendas de pastos de Guinea y de Pará que hay hoy en la tierra caliente, con sus inmensas vacadas y sus reses de ceba, haciendas que no existían hace cincuenta años?

Si pudiéramos contar a nuestros compatriotas con exactitud quiénes fueron los fundadores de estas haciendas y los creadores de esta riqueza, nos creeríamos felices, pero sólo podemos evocar algunos recuerdos, y salvar algunos nombres del olvido.

CAPITULO III.

La Mesa antigua. - La Mesa moderna. - Mercados. - Trapiches. - La muerte en un trapiche.

La Mesa de Juan Díaz era un población de enramadas de paja mal construídas, a lo largo de una calle que atravesaba la plaza desierta siempre, y se prolongaba hasta la quebrada de La Carbonera, habiendo entre casa y casa siembras de plátano y de yuca, que le daban al lugar un aspecto de primitivo salvajismo.

Fuera de la calle principal no había a uno y otro lado sino el campo abierto, y una que otra choza sin paredes, habitada por mendigos o gentes del campo que cuidaban cerdos; y no había en La Mesa ni una posada, ni un hotel donde pudiera detenerse el viajero.

No se mataba entonces ganado en el lugar: la carne que se consumía bajaba de la sabana en cecina, o venía de Neiva en forma de tasajo, en largas tiras muy angostas de carne seca, que se vendía por varas y por varas se distribuía en raciones.

El mercado que, como en casi todos los pueblos, era el domingo, se reducía a la venta de esta clase de carne, que se exhibía en talanqueras; infinidad de cerdos traídos de Tocaima, que se vendían en la misma plaza; *rejos de enlazar*, y la loza que de El Espinal traían para la cocina de los trapiches. No iban papas ni legumbres de la sabana, pues

3 500
C24
03.08.21